

La lectura en clase

M^a GUADALUPE LEO MENA
IES José Luis Sampedro. Guadalajara

La adquisición por parte de los alumnos del hábito de la lectura es una preocupación compartida por todos los docentes, pero sin duda son los del Área de Lengua y Literatura los más implicados en el asunto. Aquí se proponen algunas estrategias que pueden ayudar desde el aula al objetivo de formar lectores.

Prácticamente todo el mundo está de acuerdo en que un objetivo irrenunciable de la educación es conseguir que los alumnos lean, y así se conviertan en lectores con visión crítica porque eso les hará ciudadanos avisados y responsables.¹ Reconociendo, pues, ese valor a la lectura, los profesores de Lengua repetimos este objetivo una y otra vez en nuestras programaciones, pero quizá como una fórmula que copiamos de un curso a otro sin que sepamos muy bien qué hacer para alcanzarlo.

La terca realidad es que buen número de alumnos no logra hacerse lector habitual; es más, muchos de ellos abandonan el hábito cuando pasan a Secundaria, no se sabe si a causa de la edad o de otros factores. Es cierto que encontramos chicos que son lectores asiduos, pero me parece que tal hábito tiene más que ver con las costumbres de su casa que con el fomento de la lectura que se hace en el centro educativo.

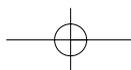
Para conseguir el objetivo es necesario, como mínimo, que haya mayor y mejor dotación de las bibliotecas, especialmente las escolares. En este sentido ya cono-

ceamos las viejas reivindicaciones que reclaman especialistas en bibliotecas para los centros de enseñanza, así como la precaria existencia de bibliotecas de aula sobre todo en Secundaria.

Muchos profesores de lengua bienintencionados, conscientes de esta situación, abordan el problema como pueden, sin un plan ni un convencimiento claros; así, cada año se buscan libros de la llamada “literatura juvenil”, cuyo tema o autor se supone que interesarán a los muchachos. Las editoriales, en su esfuerzo por vender ejemplares de esa literatura, organizan encuentros con el autor en las escuelas e institutos. Tales iniciativas son bien acogidas por los docentes que esperamos que así algún chico más se interese por la lectura. A los alumnos también les atrae conocer al autor del libro que han leído previamente y hasta suelen hacerle preguntas en el coloquio que se entabla a continuación de las palabras que el escritor pronuncia.

Otra manera que tenemos los profesores de acercar nuestro alumnado a la lectura es por medio de fragmentos de obras literarias que nos ofrecen abundan-

¹ La Consejería de Educación de Castilla La Mancha, por ejemplo, en la Introducción de su Plan de Lectura en los Centros Escolares señala: “Hoy, es hecho universalmente aceptado que la lectura constituye uno de los bienes “culturales” más relevantes con los que las personas cuentan a lo largo de la vida”.



temente los libros de texto. Cuando esas lecturas, seguidas de estupendos ejercicios, son demasiado breves, no logran dar la idea de que la literatura es algo hermoso donde puede uno disfrutar y aprender y asomarse a otros mundos o a otras personas.

Además, en numerosas ocasiones no solo queremos que hagan los ejercicios de las lecturas del texto, sino que les mandamos “trabajos” sobre libros extra que tienen que leer. De esta manera, los alumnos aprenden a asociar la lectura a las tareas escolares y a nosotros nos parece que hacemos muy bien con semejantes exigencias.

Y vuelvo al principio: tantos y tales esfuerzos por parte del profesorado y del alumnado no suelen dar el fruto que esperaríamos.

Quizá habría que comenzar por desligar lo académico de la lectura. En este sentido existen grupos de personas, profesionales de las bibliotecas y de la enseñanza, que proponen fomentar la lectura por medio de actividades voluntarias (sin notas) con niños y adolescentes, fuera del aula, en actividades de biblioteca escolar o pública. Hay ya experiencia de numerosos juegos sobre los libros a los que se llama “estrategias de lectura”, dirigidos por un animador y que exigen la lectura completa y previa de los libros sobre los que se juega.²

Estas experiencias sí resultan efectivas y muy gratificantes para los animadores y los animados y en mi opinión despiertan el gusto por leer y por los libros.

Lo que pasa es que para llevar a cabo estos proyectos en el ámbito escolar se necesita una disponibilidad horaria y presupuestaria hoy inexistente. Bien es verdad que en la actualidad, la Junta de Comunidades de Castilla La Mancha ha



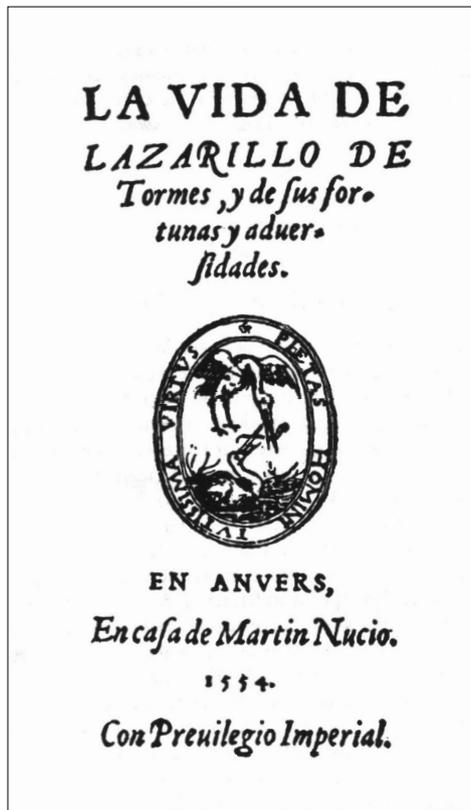
propuesto un Plan de Lectura en los Centros Escolares que se implanta de forma experimental en algunos centros y que dedica para cada grupo una hora semanal a la actividad lectora. Esperemos que esta iniciativa se generalice y sea suficiente para los fines propuestos.

Además creo que hay que contar con el hecho de que estas acciones tienen que ser voluntarias o, al menos, no ligadas a la calificación de otros conocimientos; por lo tanto, volvemos a plantearnos el problema de educar a los lectores.

Y esa educación debe hacerse en la escuela, que es donde están obligatoriamente todos los niños. ¡Qué problema!, ¿eh?. Queremos que los chicos adquieran el gusto por la lectura y que ésta se convierta en un hábito voluntario, pero para

² Al frente de esta iniciativa se encuentra Monserrat Sarto (*Animación a la lectura con nuevas estrategias*. Madrid. SM. 1998.) que ha dedicado gran parte de su actividad profesional a la difusión de este método y a la formación de especialistas en el mismo.

NUESTRA REALIDAD EDUCATIVA Leer

Primera edición del *Lazarillo de Tormes*.

ello necesitamos que los primeros pasos sean obligatorios. Tal aparente contradicción no debe asustarnos pues numerosas actividades humanas —quizá las más gratificantes— necesitan un esfuerzo para iniciarse, como aprender a andar o arreglarse para salir. El secreto está en si consideramos que tal esfuerzo merece la pena: un bebé intentará andar una y otra vez, a pesar de los golpes o las caídas, porque trasladarse por su cuenta sacia su curiosidad y le proporciona autonomía. Y un adolescente es capaz de perder horas en su aseo personal antes de acudir a una cita el viernes por la tarde.

Volvamos pues a la escuela y a la lectura. Y me refiero en concreto a la lectura de tipo literario. Se trata de mantener el principio de la gratuidad. En mi opinión, se puede “perder el tiempo” para

leer, es preciso dedicar a esta actividad unas cuantas horas lectivas. Los profesores de lengua estamos agobiados por el cumplimiento de los programas, que por otra parte son muy repetitivos por aquello del carácter recurrente de nuestra asignatura. Así que el estudio de la lengua se hace en muchas ocasiones aburrido y repetitivo. En cambio, podemos cambiar muchas veces de textos. Si estamos de acuerdo en que leer ayuda a estructurar la mente, proporciona mayor riqueza de vocabulario, favorece la posición crítica y el desarrollo de un pensamiento personal, quizá merezca la pena dosificar el programa de lengua y arañar algunas horas para practicar la lectura. Otra vez tenemos que considerar si el esfuerzo compensa el resultado.

Además hay algunas asignaturas del área de Lengua donde la dedicación a la lectura es muy posible, como los talleres de lengua o la optativa de Bachillerato de Literatura Universal. Aprovechar tales oportunidades es casi un deber para con los alumnos.

También me gustaría recordar que a leer se aprende leyendo. No se trata de encargar al alumnado unos libros para que nos hagan un resumen, un análisis de las figuras literarias y de la métrica y un comentario de la caracterización de personajes, sino de leer con ellos en clase. A la antigua manera de aquellos viejos maestros de escuela que mostraban a sus alumnos un mundo literario que nunca hubieran conocido por su cuenta. Son numerosos los testimonios de adultos que recuerdan entrañablemente a los maestros con los que leyeron a Cervantes o al *Lazarillo*, a Valle Inclán o a Azorín.

Tal actividad favorece también la buena dicción y perfecciona la comprensión de textos. Cuanto más pequeño es el alumno más se entusiasma por oír su propia voz delante de sus compañeros y es para cada uno un reto el que cada día mejore su entonación. Cuando se lee teatro el ali-

ciente es aún mayor y encontramos verdaderos actores o actrices en ciernes.

La lectura en común debe hacerse de obras completas o bien de fragmentos muy amplios. No valen retazos breves en donde nosotros, los especialistas, apreciamos tal idea o tal recurso, quizá porque ya conocemos el resto de la obra. Es preferible que los detalles pasen, si se quiere, desapercibidos, pero que se aprecie el conjunto del texto. El profesor aquí tiene un papel clave porque no se limita a dar paso a los lectores en una sucesión monótona de voces, sino que detiene la lectura, pregunta, comenta o resalta lo que según la obra y los lectores considera que es pertinente. Anima a los alumnos a reflexionar, a relacionar lo leído con su mundo, a apreciar la belleza o el alcance de la obra. Se persigue que los alumnos sean capaces de participar de lo que leen y consideren que la literatura no les es ajena. Coincido con Daniel Pennac en su libro *Como una novela* cuando reflexiona “¿Y si en lugar de exigir la lectura, el profesor decidiera de repente compartir su propia dicha de leer?”.

La elección de los textos es importante también. Hay obras de la actual “literatura juvenil” que nos resultarán excelentes, pero no hay que temer a los clásicos. Muchos se pueden leer directamente o en versiones adaptadas, según la edad de los lectores. Ya desde 3º de ESO, al menos, es posible leer a Cervantes, por ejemplo, en su versión original. Es preferible siempre lo original. Si creemos en la excelencia de la literatura, crearemos también en el poder que el mismo texto contiene, y esto es especialmente aplicable a los clásicos.³ Todavía recuerdo mi primera experiencia como profesora cuando me atreví, con la inocencia y la ausencia de prejuicios de los

pocos años, a leer la I Parte de *El Quijote* con un grupo de alumnos. Pues bien, el más tosco aparentemente disfrutaba la lectura como si fuera el mismísimo Sancho Panza.

Queremos que los chicos adquieran el gusto por la lectura y que ésta se convierta en un hábito voluntario, pero para ello necesitamos que los primeros pasos sean obligatorios.

Hay que olvidar también la prevención que provoca la poesía. Quizá necesite un tiempo más largo, pero no por eso su lectura debe convertirse en un comentario de texto por parte del profesor. Ayudar a entenderla, sí, pero atreverse con un buen número de poemas también. He podido comprobar cómo alumnos adultos de nocturno son capaces de abordar los sonetos de Quevedo o chicos más jóvenes los de Garcilaso.

Si además, articulamos la poesía en torno a un tema (como el amor o la muerte) la lectura de los poemas les resulta a los adolescentes particularmente atractiva. Cuando esta lectura se combina con el estímulo a la creación la respuesta de los alumnos es sorprendentemente positiva⁴.

Comprendo que la pretensión de educar en la lectura es quizá un poco arrogante, y que hay que contar con que muchos chicos no lograrán conectar con los textos propuestos. Asimismo es preciso reconocer que son necesarios los esfuerzos de muchos para alcanzar esta pretensión, pero si logramos despertar lectores en algunos jóvenes o simplemente si conseguimos disfrutar de nuestra profesión, todos los esfuerzos habrán merecido la pena. ●

³ Reflexiones al respecto nos ofrece, por ejemplo, Italo Calvino en su libro *¿Por qué leer a los clásicos?.* Barcelona. Tusquets. 1992.

⁴ Una de estas experiencias la recoge el profesor José Suárez-Inclán en su obra *Poemas del amor y de la muerte. Un paseo iniciático con adolescentes.* Madrid. Varadero de Ediciones. 2005.